

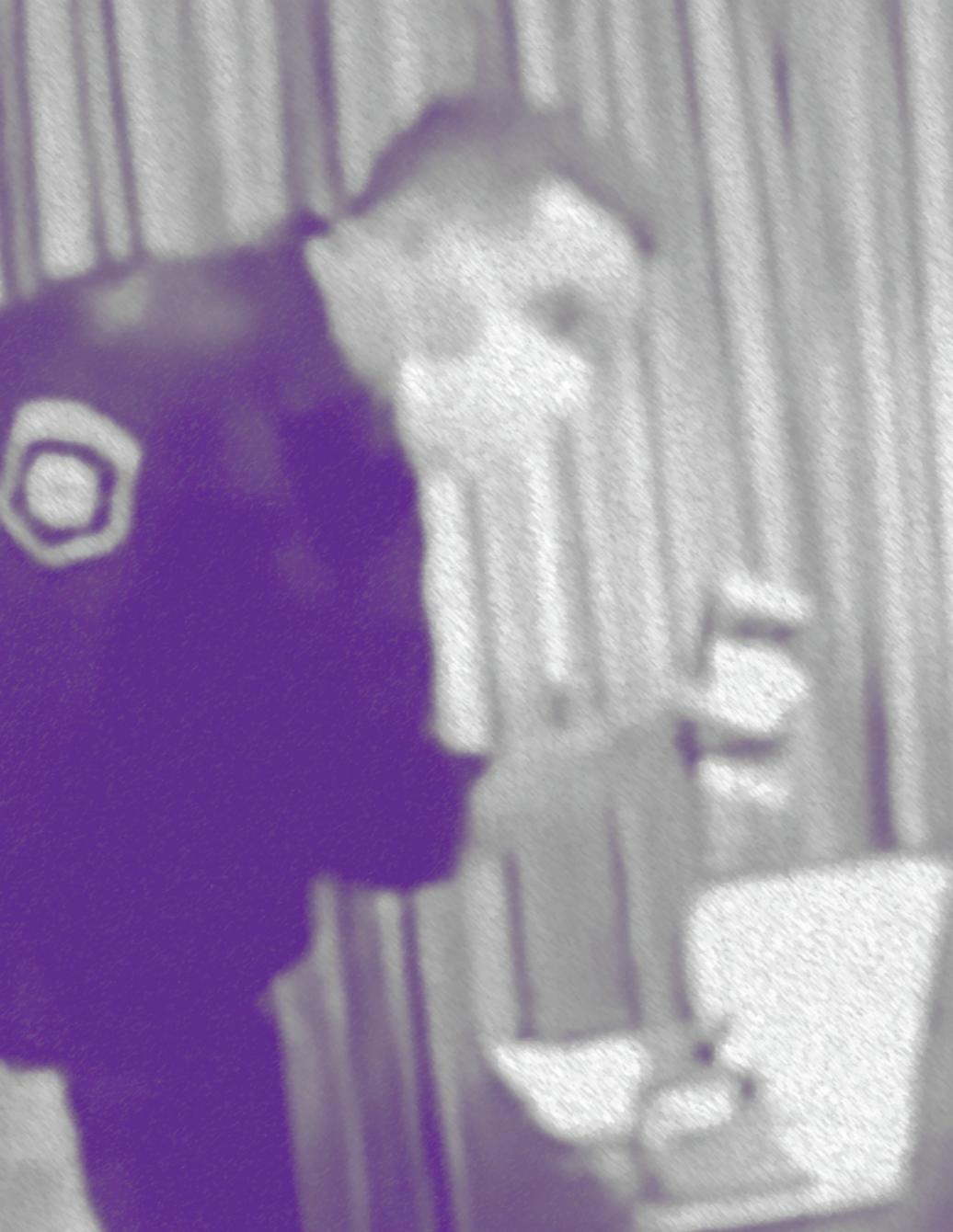
LAS OTRAS MUERTES

Pandemia, violencia policial y medios

MERCEDES CALZADO (compiladora)

Mariana Fernández, Ailén Cirulli, Yamila Gómez,
Marianela Nappi, Rodrigo Manrique, Federico Fort,
Santiago Mazzuchini, Rosario Sánchez,
Muriel Schtivelband, Pilar Martínez

TRENENMOVIMIENTO



Mercedes Calzado. Licenciada en Ciencias de la Comunicación, magíster en Investigación y doctora en Ciencias Sociales Aires por la Universidad Nacional de Buenos. Investigadora Independiente del CONICET en el Instituto Gino Germani. Profesora en la Carrera de Comunicación (UBA).

LAS OTRAS MUERTES

PANDEMIA, VIOLENCIA POLICIAL Y MEDIOS

MERCEDES CALZADO

(compiladora)

Las otras muertes

Pandemia, violencia policial y medios

Mercedes Calzado, Mariana Fernández, Ailén Cirulli,
Yamila Gómez, Marianela Nappi, Rodrigo Manrique,
Federico Fort, Santiago Mazzuchini, Rosario Sánchez,
Muriel Schtivelband, Pilar Martínez

TRENENMOVIMIENTO

Las otras muertes : pandemia, violencia policial y medios /
Mercedes Calzado ... [et al.] ; Compilación de Mercedes Calzado.
- 1a ed. - Temperley : Tren en Movimiento, 2024.
220 p. ; 22 x 14 cm.
ISBN 978-987-8902-50-0
1. Sociología. 2. Medios de Comunicación. 3. Medios Digitales.
I. Calzado, Mercedes II. Calzado, Mercedes, comp.
CDD 301.072

1ª edición, 2024 (Temperley: Tren en Movimiento)

Fotografía de tapa:

© Textos e imágenes: los respectivos autores, 2024

© Tren en Movimiento, 2024

trenenmovimiento@gmail.com

Impreso en América Latina

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

POSDATA

Notas para pensar los sentidos mediáticos de la violencia policial en la postpandemia

MERCEDES CALZADO

El 31 de marzo de 2021, algo más de un año después de iniciado el aislamiento para prevenir la pandemia por Covid 19 en Argentina, el reporte diario del Ministerio de Salud de la Nación publicó las cifras acumuladas de fallecidos por el virus: 55.858 personas. Como cada día desde el comienzo de esta situación excepcional, los medios de comunicación replicaron la información, acercando cuadros comparativos, variaciones estadísticas mes a mes, el peligro de la curva en ascenso. También informaron que en el país habíamos llegado a los 2.348.821 contagios. Cuando un año más tarde concluíamos la etapa de relevamiento de nuestra investigación, ese número ya era viejo, la información de contagios, internados, muertos, dosis de vacunas colocadas a la población se había modificado. Lo que no había cambiado aún era la práctica de publicación diaria de personas infectadas en los medios de comunicación. Cuando el nivel de muertes y contagios comenzó a bajar, también de a poco lo hizo la dimensión informativa.

Pero no todos los fallecidos durante la pandemia se convirtieron en estadística mediatizada. Las *otras muertes* que rastreamos en este libro, las que fueron el resultado de las intervenciones de las fuerzas de seguridad, no se convirtieron en estadística informativa. Incluso cuando durante el primer año de pandemia representaron 157 personas muertas en todo el país (solo por indicar las que fueron noticia). Muchos de esos fallecidos tuvieron relación directa con los controles policiales por la cuarentena, o así lo definieron los medios de comunicación. Muchos otros fueron hechos asociados a lo que los grandes medios tratan como “enfrentamientos” entre delincuentes y policías, o conflictos en el espacio público (como sucedió con

las represiones de Guernica en Buenos Aires y a la comunidad Qom en Chaco).

Como denuncia o como noticia legitimante, las muertes a manos de fuerzas de seguridad fueron una no-suma, un número fragmentado, no historizado. Así suele suceder en nuestro país cuando revisamos la perspectiva y el seguimiento de los medios de comunicación hegemónicos respecto de la violencia de las fuerzas de seguridad. Tampoco las estadísticas oficiales son precisas en este punto, y las producidas por los organismos de derechos humanos corren a contracorriente de lo que las instituciones ocultan. Estas muertes *no se sistematizan estadísticamente*. Solo en situaciones puntuales, los medios exploran los motivos del uso de la fuerza, la historia detrás de la vida que se termina. Tampoco revisan los procesos posteriores, las luchas de familiares por saber qué sucedió, las implicancias judiciales o institucionales contra miembros de las fuerzas de seguridad (si existieran). El silencio estimula la impunidad.

La pandemia puso en cuestión el sentido de la vida, los cuidados del Estado sobre las poblaciones, el valor del duelo privado y público. Pero, como dice Susan Sontag, “no debería suponerse un «nosotros» cuando el tema es la mirada al dolor de los demás” (2003, 15). Las muertes producidas por intervenciones policiales violentas no suelen despertar reflexiones y preocupación entre un nosotros mayoritario. La tendencia del sentido común es a pensarlas, más que como inaceptables e indignantes, como hechos aislados que no forman parte de un cuerpo mayor, de una práctica que por motivos diversos se transforma en una práctica institucional justificada, cotidiana. Cuando un caso sí produce indignación, los grandes medios suelen abonar a la tesis de la manzana podrida: un agente es responsable, su acción violenta es individual, no producto de una práctica institucional. Solo algunas voces mediáticas buscan comprender, la mayoría elige no saber, por eso no existe un nosotros común, ni una estadística que haga visible y extensible la preocupación por estas muertes. La oscuridad de la vivencia individual es la escena cotidiana de quienes son víctimas de prácticas policiales violentas. Lo habitual es invisibilidad o la estigmatización, antes, durante y después de la pandemia. Son pocas las muertes que logran ser dichas, nombradas, puestas en cuestión, son pocas las víctimas no estereotipadas.

Un no lenguaje de la violencia. Un no lenguaje violento. El duelo, si existe, es de una alteridad incierta, distante, irreconocible. Invisible.

Walter Benjamin asegura que articular históricamente el pasado “significa apoderarse de un recuerdo tal como fulgura en el instante de un peligro” (2009, 142). Difícil es asumir que podemos conocer ese momento “tal como realmente ocurrió” (ibidem), pero sí podemos revisar huellas de lo ocurrido que iluminen el camino de cómo se suelen contar las muertes que importan y cómo las que no tanto. Quizás sin la agenda de la pandemia la muerte en una comisaría de San Luis de Florencia Magalí Morales no se hubiera convertido en noticia, menos a nivel nacional, hubiera sido una chica ahorcada en su celda y sus familiares nunca hubieran tenido posibilidad de revisar lo sucedido, menos de denunciarlo. Facundo Astudillo Castro no hubiera sido más que un chico peleado con su madre que decidió no volver a casa. Y así tantos otros. De forma excepcional y desde ciertas coberturas, la pandemia hizo posible la discusión pública de las prácticas violentas de las fuerzas de seguridad. Aunque para acercarnos a esta hipótesis deberíamos ampliar la información con la voz de los periodistas involucrados en la producción noticiosa de manera de entender los cambios que pudieron haberse producido durante esta etapa en las prácticas profesionales. Es una línea de reflexión y trabajo que sigue abierta a partir de la pregunta por la relación entre medios, policía y pandemia.

En cualquier caso, durante la pandemia las regularidades en las formas de contar la violencia policial siguieron operando como lo hacían antes, como lo siguen haciendo ahora. De allí a estas cinco notas para seguir pensando en los sentidos que los medios le otorgan a la violencia policial en sus coberturas.

LA VENTANA DE LA DUDA, LA CONTINUIDAD DEL ENCUADRE DE LA INSEGURIDAD

La mediatización pandémica de la violencia policial duró algunos meses, mientras el aislamiento se mantuvo en su momento más álgido y en tanto la agenda noticiosa giró exclusivamente al ritmo de la situación sanitaria y las discusiones políticas por cómo

encarar su complejidad. En este contexto, la práctica periodística debió reconstruirse por las condiciones sanitarias y la información generada por cámaras de celulares ocultas tras las ventanas de las casas se transformaron en piezas claves de las coberturas de portales y noticieros. Con imágenes que llegaban desde distintos puntos del país, muchos hechos de violencia fueron cubiertos por los grandes medios (así haya sido con contradicciones) mientras las fuerzas de seguridad siguieron exclusivamente a cargo del espacio, y mientras la discusión entre su rol de cuidado o su rol de vigilancia descontrolada tomaba parte de la escena pública en Argentina y buena parte del mundo.

Así, el primer semestre de 2020 fue un breve momento en que cobró más fuerza de lo habitual la pregunta por la violencia ejercida por la policía. El estado de excepción habilitó un estado de duda y, en ciertas situaciones, las justificaciones mediáticas pasaron a encuadrarse en la denuncia del “exceso policial”. En los medios porteños las intervenciones policiales violentas tuvieron su pico en junio de 2020 y los casos se mediatizaron con más fuerza en la etapa de mayores restricciones, hasta agosto de 2020. Cuando comenzaron las aperturas del espacio público y las medidas de aislamiento se aflojaron, el tipo de cobertura sobre las intervenciones policiales violentas retornaron a los carriles de la estereotipación de los muertos y la espectacularización de las prácticas policiales. Del encuadre de la duda que tensionó en cierta forma las coberturas durante la primera parte de la pandemia, volvimos al habitual encuadre de la inseguridad.

LA MUERTE ES LA NOTICIA

Como sucede habitualmente, la muerte operó como el criterio de noticiabilidad fundamental. La violencia policial ingresó como noticia, en gran medida, a partir de este eje. Más de la mitad de las intervenciones policiales violentas publicadas en 2020 tuvieron como resultado a una persona muerta. Cuando comenzaron las aperturas, el encuadre de la inseguridad volvió a configurar a estas muertes como el producto de “enfrentamientos” entre delincuentes y policías, lo que permitió nuevamente a los medios contar (desde fuentes policiales) las muertes sin

cuestionar la violencia de las fuerzas de seguridad, incluso en muchas situaciones reforzando su efectividad contra el crimen. En cambio, durante la etapa de mayores restricciones, al menos de manera inicial, algunos hechos (como el asesinato de Alan Maidana) fueron cubiertos por los grandes medios no **únicamente** desde la versión policial, y hasta pudo ser definido como asesinato u homicidio. También algunos hostigamientos en esta etapa no tuvieron una mirada legítima de la práctica policial violenta. De todas formas, este gris en la cobertura no implicó que las voces mediáticas presentasen los casos como “abusos”. Una población dueleable “puede reconocerse como una población viviente cuya muerte debería lamentarse, lo que significa que dicha pérdida sería inaceptable e incluso algo malo, un motivo de conmoción e indignación”, asume Judith Butler (127, 2020). Es decir, no por ser publicados, los hechos de violencia se construyeron como inaceptables, mucho menos como parte de una práctica mayor denunciante desde los contenidos periodísticos.

CONCENTRACIÓN INFORMATIVA

Como sucedía antes (y sucede también después de la pandemia) entre marzo de 2020 y marzo de 2021 la mayoría de los casos de violencia policial cubiertos por los medios porteños se produjeron en la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano. El resto sucedieron en la Provincia de Buenos Aires y otras regiones del país, especialmente Córdoba y Santa Fe. Pese a esta tendencia, durante el período de mayores restricciones, los hechos con mayor cantidad de noticias publicados tuvieron una distribución geográfica algo más federalizada. No solo se cubrieron sucesos del AMBA (el asesinato de Lucas Verón, la desaparición y aparición sin vida de Facundo Astudillo Castro, por ejemplo), sino de Tucumán (Luis Espinoza), Córdoba (Blas Correa), San Luis (Florencia Magalí Morales), entre otros. Cuando la mirada de la calle era exclusivamente policial y el periodismo se hacía desde casa, la tendencia fue a recurrir y publicar más asiduamente información producida en medios de otras partes del país. La concentración de noticias policiales volvió a operar con las aperturas, las salidas a la calle de móviles periodísticos y la cercanía con la fuente policial.

Durante los meses de aislamiento más arduo, las imágenes tomadas por celulares y su circulación por redes sociales fueron clave para que ciertas intervenciones policiales se convirtiesen en noticia. Desde sus casas, las personas captaban los hostigamientos policiales hacia ciudadanos que en a veces incumplían, en otros no, las restricciones sanitarias. Las imágenes espontáneas, urgentes, dieron existencia a hechos que quizás no hubieran sido noticia. Se reforzó, entonces, el proceso de desplazamiento de la fuente policial a fuentes complementarias. Imágenes que, además, añadieron verosimilitud. Por tanto, la etapa pandémica reforzó a la imagen como uno de los criterio de noticiabilidad centrales de la información policial. Ahora, varias de estas capturas correspondieron a abusos sobre personas de sectores medios y medios altos, lo que revela una valoración diferencial de las víctimas que excede el contexto pandémico. La selección de imágenes escenifica la legitimidad y autoridad de una palabra, como sostiene Rancière (2007). Pero para comprender es preciso que emerja algo más en la imagen que un constatar de lo visible. Los acontecimientos requieren una reflexión que llegue más allá de la verificación de los hechos. Por eso, quien narra las violencias no solo debe informar, sino recuperar las experiencias de los otros de manera de convertirlas vivencias sensible para quienes escuchan y ven una historia. Cuando la fuente y las voces se amplían, también lo hace la posibilidad de comprender. Si el lenguaje abandona su manto de veracidad oficial, de simple transmisión de información, “si testimonia algo que no puede ser testimoniado, el hablante puede experimentar algo así como una exigencia de hablar”, plantea Agamben (2017, 81). Contar y comprender experiencias implica hacer propia una palabra, volverla testimonio por los no duelables, por aquellos que poseen un valor desigual por su vida y por su muerte. No se trata solo del valor de una imagen copiada por una cámara, sino de cómo la imagen se vuelve experiencia, carnalidad de la violencia sobre cuerpos ajenos. Por tanto, mientras los marcos y condiciones de reconocibilidad de las noticias sobre muertes, golpeados y hostigados se ubicaron dentro de la agenda de la pandemia, siguieron en alguna medida repercutiendo como información.

TENSIÓN LEGITIMANTE

Las líneas editoriales de los grandes medios trabajaron (y trabajan) en esta tensión entre la legitimidad y la denuncia, aunque la cercanía con la fuente policial los acerca a la justificación de las prácticas violentas. El actor que permitió esta legitimación durante la pandemia fue el infractor del aislamiento. Portar o no el permiso para circular habilitó algunas prácticas violentas y, por momentos, voces mediáticas legitimante de estas prácticas. Así, los grandes medios pusieron el foco en la violencia policial sin apartarse de una mirada legitimante de la intervención punitiva y criticando la acción moral de los evasores de la norma sanitaria. Los medios contrainformativos, en cambio, siguieron apostando por la perspectiva de denuncia a partir de la incorporación de las voces de víctimas, familiares, testigos y organismos de derechos humanos, un tipo de práctica informativa que trasciende la emergencia sanitaria.

Estas notas revelan rupturas, pero sobre todo continuidades en los modos de contar la violencia policial durante la pandemia. En el recuerdo de un pasado pandémico quedan elementos para revisar los sentidos de muertes que sí fueron noticia. Casos que se convirtieron en noticia, pero no en un número visible de las prácticas institucionales, en una estadística que diera cuenta del carácter sistemático de una violencia estatal. La conmoción, cuando existe, es efímera. Por fuera de las agendas que enmarcan las muertes de las intervenciones policiales violentas en un rango más amplio, estos duelos no son públicos, o si lo son, no son moralmente colectivos. Son vidas matables, vidas estereotipadas como inciertas, violentas para las coberturas hegemónicas. Por tanto, cualquier análisis mediático sólo podría ampliarse y analizarse con trabajos que excedan la revisión cuantitativa y cualitativa del contenido mediático. Es decir, la puesta en relación de la mediatización con los actores involucrados, de los grupos sociales más estigmatizados e invisibilizados.

Comprender experiencias de otros, entenderlas, ampliar el diálogo, es allí donde el lenguaje resiste la violencia. “Hay una esfera de entendimiento humano hasta tal punto no violenta que es por completo inaccesible a la violencia: la verdadera y propia esfera del

entendimiento, el lenguaje”, asegura Benjamin (2010, 103). El lenguaje de los medios sigue teniendo la capacidad de volver visibles singularidades, de reverberar testimonios con sentidos que parecen ajenos nosotros y ayudar a la dimensión crítica de quien escucha, lee, mira. Allí está presente el valor de la disputa discursiva a la que apuntamos desde esta investigación de manera de imaginar voces informativas más sensibles y fuentes más plurales.

Ahora, este cierre no se trata solo de hacer un “llamamiento a la producción de nuevos marcos y, por lo tanto, de nuevos tipos de contenidos”, como asegura Judith Butler (2010, 28). Se trata de poner en valor el sentido de mostrar los marcos y contenidos que hacen que estos discursos legitimantes de las prácticas violentas de las policías sean parte del sentido común. Se trata de “trabajar con plasmaciones recibidas de la realidad a fin de mostrar cómo éstas pueden romper consigo mismas, y como de hecho lo consiguen” (ibidem). Los contornos de qué hizo una vida reconocible, legítima durante la pandemia, quedaron plasmados en sus tensiones durante el primer año de aislamiento en Argentina. Revisar los números y las historias de *las otras* muertes implica, por tanto, una forma de comprensión de un nosotros que debe ser cada vez más amplio en la dimensión del sentido del dolor, del duelo, del sentido de la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2017). *Lo que resta de Auschwitz*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Benjamin, W. (2009). “Sobre el concepto de historia”, en *Estética y política*. Buenos Aires: Las cuarenta.
- Benjamin, W. (2010). *Crítica de la violencia*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, L. (2020). *La fuerza de la no violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Sontag, S. (2003). *Ante el dolor de los demás*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Rancière, J. (2007). “El teatro de imágenes”, en Jaar, A. *La política de las imágenes*. Lausanne: Musée Cantonal des Beaux-Arts.